

LA REAL Y MILITAR ORDEN DE SAN FERNANDO A TRAVÉS DE SUS CABALLEROS

José Luis ISABEL SÁNCHEZ¹

A lo largo de los 200 años de la historia de la Orden de San Fernando han existido diversos tipos de condecoraciones, llegando a haber hasta cinco de ellas, unas Sencillas (1.^a y 3.^a clase), para premiar los hechos distinguidos, y otras Laureadas (2.^a y 4.^a clase) para premiar los hechos heroicos. Los generales recibían las de 3.^a y 4.^a clase, y los jefes, oficiales y tropa las de 1.^a y 2.^a



Cruz de Oro para oficiales. Sencilla



Cruz de Oro para oficiales. Laureada

¹ Coronel de Infantería ®. Asociación Española de Militares Escritores (AEME).

Además ha existido, y existe actualmente, una Gran Cruz, destinada a recompensar a los generales en jefe. Junto con la Cruz correspondiente, los generales tenían derecho a lucir una placa, de igual clase que aquélla, extensible más tarde al resto de los empleos).



Placa Sencilla



Placa Laureada

Los modelos fueron cambiando con el paso del tiempo. Aquí tenemos, por ejemplo, los que se adoptaron en 1856.



Cruz Sencilla



Cruz Laureada

Hasta 1920 se mantuvieron los anteriores modelos, desapareciendo en el nuevo Reglamento las Cruces Sencillas, que serían reemplazadas por la Medalla Militar, y quedando exclusivamente las Laureadas: Gran Cruz Laureada y Cruz Laureada.

*Gran Cruz Laureada**Cruz Laureada*

A los Caballeros que entonces poseían la Cruz Sencilla se les autorizó a lucir la Laureada, introduciendo con ello confusión entre unos y otros. No se puede llamar Caballero Laureado a quien no tiene concedida la Cruz Laureada, habría que llamarle Caballero de San Fernando.

En 1978 se modificó por Reglamento el modelo de condecoración correspondiente a la Gran Cruz Laureada y se mantuvo el de la Cruz Laureada, siendo ambos los vigentes actualmente.

*Gran Cruz Laureada**Cruz Laureada*

Otra de las aclaraciones es la referente al número de Cruces concedidas hasta el momento presente. De acuerdo con las últimas investigaciones realizadas, éstas estarían muy próximas a las 13.000, sin tener en cuenta dos casos extraordinarios: las concedidas por Fernando VII a partir de 1823 al Ejército del Duque de Angulema (cerca de 1.000) y por Espartero a la Milicia Nacional de Madrid (nada menos que 13.000, eso sí, ninguna de ellas Laureada).

Hace diez años un grupo de investigadores se dedicó, de forma individual o colectiva, a rescatar los nombres de los Caballeros de San Fernando, cuyo número reconocido no debía llegar entonces al millar (Infantería había recogido en un librito, publicado en 1955, a 525 de ellos y Sotto, en su obra sobre la Caballería española a 350, que unidos a los aportados por el Servicio Histórico Militar en su *Galería Militar Contemporánea* rondaban el mencionado millar). Merced al laborioso y desinteresado trabajo de estos investigadores, fueron publicadas las obras dedicadas a las Armas de Infantería e Ingenieros, y a los Caballeros Laureados de todas las Armas y Cuerpos, estando componiéndose actualmente las referentes a Caballería, Intendencia y Cuerpos Comunes, Artillería, Armada, Civiles y Extranjeros, que esperamos puedan ver la luz antes de que se cumpla el segundo centenario de la Orden.

Tras estas aclaraciones, pasemos al tema de esta conferencia, que no es otro que mostrar la figura de algunos de los Caballeros Laureados de la Orden de San Fernando más representativos, por diversos motivos.

Vamos a comenzar por los hermanos **Gutiérrez de la Concha**, Manuel y José, más conocidos por sus títulos nobiliarios de Marqueses del Duero y de La Habana, respectivamente, el primero de ellos perteneciente al Arma de Infantería y el segundo al Cuerpo de Artillería y posteriormente al Arma de Caballería.



Manuel Gutiérrez de la Concha (Museo del Ejército)



José Gutiérrez de la Concha (Chamorro)

Ambos habían nacido en la actual Argentina con un año de diferencia, habiendo quedado huérfanos con uno y dos años de edad, al ser su padre, general de la Armada, asesinado por los insurgentes. A Manuel se le concedió el ingreso en las Reales Guardias de Infantería Española y a José en el Colegio de Artillería, interviniendo los dos en la primera guerra civil desde sus comienzos, consiguiendo el primero durante ella los ascensos desde capitán a mariscal de campo por méritos de guerra, y llegando a este último empleo con tan solo 32 años, mientras el segundo pasaba en el mismo tiempo de capitán a coronel. Opuestos los dos hermanos a Espartero, Manuel vio frustrada su carrera cuando el 7 de octubre de 1841 participó en el asalto al Palacio Real de Madrid, teniendo que permanecer exiliado hasta 1843; José solicitó el retiro tras el mencionado suceso, y volvió al Ejército una vez caído Espartero, concediéndosele con 34 años el empleo de brigadier.

El Marqués del Duero fue ascendido a teniente general con 35 años, mandó el ejército que intervino en 1847 en Portugal (donde ganó el título de marqués) y al año siguiente puso fin a la segunda intentona carlista, por lo que fue elevado a la dignidad de capitán general (con tan solo 40 años). Tras hacerse cargo del mando de varias Capitanías Generales, a la caída de Isabel II se dedicó a experimentos destinados a la mejora de la agricultura, retornando al servicio en 1874 para perder la vida en ese mismo año, combatiendo a los carlistas. Fue un renombrado escritor militar.



Muerte del general don Manuel Gutiérrez de la Concha

Mientras tanto, el Marqués de La Habana conseguía en 1843 el empleo de mariscal de campo, tres años más tarde el de teniente general y en 1868 el de capitán general, igualando así a su hermano. Fue en tres ocasiones capitán general de la Isla de Cuba (1850, 1854 y 1874) donde le fue concedido el título de marqués. Por dos veces tuvo a su cargo la Cartera de Guerra (1863 y 1868), y fue presidente del Consejo de Ministros y del Senado. Falleció en 1895 de muerte natural. Ambos hermanos fueron recompensados con el Toisón de Oro.

No han sido sus fulgurantes carreras las que les han merecido este recuerdo, sino su relación con la Orden de San Fernando, ya que uno y otro fueron recompensados con nada menos que diez Cruces de San Fernando. Manuel recibió cinco Cruces Sencillas, dos Laureadas y dos Grandes Cruces. José obtuvo seis Cruces Sencillas, tres Laureadas y una Gran Cruz.

Ahora bien, si se trata de juzgar el heroísmo demostrado por los Caballeros de San Fernando, habrá que tener solamente en cuenta las Cruces Laureadas que recibieron, pues sólo éstas se conceden en premio al valor heroico.

Encabezarían esta relación con tres Cruces Laureadas, y por orden alfabético, los generales don Domingo Dulce Garay (Caballería), don **José Gutiérrez de la Concha** (Caballería), don **Joaquín Baldomero Fernández Espartero** (Infantería), don **Felipe Rivero Lemoine** (Infantería), don **Federico Roncali Ceruti** (Infantería) y don **Ricardo de La Saussaye y Duffy** (Infantería).

El general Dulce había nacido en 1808 en un pequeño pueblo de Logroño, Sotés, e ingresado en clase de cadete en el Arma de Caballería a los 15 años. Era alférez al comenzar la primera guerra civil, a cuyo término había obtenido el empleo de teniente coronel y cuatro Cruces de San Fernando de 1.ª clase, que permutaría por una de 2.ª clase Laureada (el canje de cuatro Cruces Sencillas por una Laureada estuvo permitido hasta 1847). Cuando en 1841 fue destinado al Cuerpo de Reales Guardias Alabarderos, las cicatrices de su cuerpo atestiguaban su gran valor: había resultado contuso de un balazo en el pecho en 1834, recibido un bayonetazo y sufrido la fractura de un brazo en 1836, alanceado en 1838 y herido de gravedad al año siguiente. Defendiendo en el mes de octubre de 1841 el acceso a los aposentos del Palacio Real de Madrid, ganó una segunda Laureada y el empleo de coronel. En 1847 fue promovido a brigadier y seguidamente luchó contra los carlistas, con tal éxito que fue recompensado con una Cruz de 3.ª clase, con otra Laureada y con el empleo de mariscal de campo. Ascendido a teniente general en 1854, fue capitán general de Cataluña, Aragón y Cuba, regresando de la Isla con la salud muy resentida y falleciendo en 1869 en Francia, donde se hallaba tomando baños medicinales.



El general don Domingo Dulce Garay (Chamorro)

De José Gutiérrez de la Concha ya hemos hablado, y de Espartero poco hay que decir, pues es de todos conocido, únicamente que hizo su brillante carrera militar en Hispanoamérica, donde ganó por méritos de guerra los em-

pleos hasta brigadier inclusive (con tan solo 30 años) y una Cruz Laureada de San Fernando de 2.^a clase y otra Sencilla. De vuelta a España en 1825, completó su carrera militar durante la primera guerra civil, a la que puso fin y en la que fue general en jefe del Ejército del Norte, obteniendo a lo largo de ella los empleos de mariscal de campo, teniente general y capitán general (este último con 45 años), dos Cruces Laureadas de 4.^a clase y una Gran Cruz, el Toisón de Oro y los títulos nobiliarios de conde de Luchana, y duque de la Victoria y de Morella. Tras ser presidente del Consejo de Ministros y Regente del Reino, tuvo que exiliarse en 1843 y retirarse en 1848 a Logroño, de donde regresó a Madrid en 1854 para volver a ser Presidente del Gobierno, apartándose definitivamente de la política en 1856. Pudo convertirse en rey al ser



El general Espartero

derrocada Isabel II y al sucederla Amadeo I le concedió el título de príncipe de Vergara. Falleció en Logroño a la avanzada edad de 86 años.

Antes de continuar con el siguiente personaje, quiero hablarles de un hecho que está todavía por aclarar, relacionado con el general Espartero y la Orden de San Fernando. Tras incorporarse Alfonso XII al Ejército del Norte durante la tercera guerra civil, a su regreso a Madrid pasó por Logroño el 13 de febrero de 1875 para saludar al Duque de la Victoria. La *Gaceta de Madrid* del 10 de febrero siguiente daba cuenta de esta entrevista: *El Rey, después del Te Deum, ha ido a caballo a casa del Príncipe de Vergara. El veterano General no sólo se ha asociado a los ruegos del Gobierno para que S.M. usase la banda de San Fernando, sino que ha añadido con energía: «úsela V.M. que bien la merece», y le ha rogado que aceptase una banda y placa de su uso que allí mismo y por su mano le ha puesto.*



Grabado de la escena entre el Rey y Espartero

Esta Gran Cruz fue usada por Alfonso XII y quizás por su sucesor en el Trono, del que hay quien se ha aventurado a escribir que no podía usarla al no haber participado en ninguna acción de guerra... Alfonso XIII, como sus antecesores, era Jefe y Soberano de la Orden, por lo que no necesitaba otra justificación para poder llevarla en su pecho.



Fernando VII



Isabel II con la Gran Cruz de San Fernando



Alfonso XII con la Banda y Placa de San Fernando (Museo del Ejército)



Alfonso XIII con la Gran Cruz (Museo del Ejército)

No se volvió a saber nada de esta Gran Cruz hasta que al general Marina se le concedió en 1915 igual recompensa por su actuación en Marruecos. La condecoración le sería regalada por Alfonso XIII, y aquí comienza una

leyenda, todavía no confirmada. Evidentemente, esta Gran Cruz no tuvo por qué ser la que Alfonso XII había recibido de Espartero, pues muy bien le pudo encargar una nueva a un joyero. Pero hay quien opina que sí, que era la de Espartero.

Todo se complicó aún más cuando al estar prevista la imposición de la Gran Cruz al generalísimo Franco durante el Desfile de la Victoria, hubo que buscar una condecoración, no pudiendo encontrarse ninguna en las joyerías de Madrid, por causas lógicas, ni pedirla prestada a ningún general que la poseyese, pues no quedaba ninguno con vida. Al final fue la familia del general Marina quien la cedió y posteriormente se la regaló al Generalísimo. Franco lució tanto esta Gran Cruz como la Cruz Laureada, no sabemos por qué motivo.



*Franco con la Gran Cruz Laureada
(Museo del Ejército)*



*El generalísimo Franco
(Museo del Ejército)*

A la muerte del Jefe del Estado no fue posible recuperar la Gran Cruz perteneciente al general Marina, de la que nada se sabe hasta el momento.

Continuando con los personajes ganadores de varias Cruces Laureadas, tenemos a los generales Rivero y Roncali, quienes obtuvieron la misma clase de Laureadas, una de 2.^a clase y dos de 4.^a El primero las ganó en la primera guerra civil, y a ellas se unían una Gran Cruz que le fue concedida en 1854 y dos Cruces Sencillas, una de ellas ganada en Hispanoamérica y la otra en la primera guerra civil. Roncali fue premiado con una Cruz Laureada

por su intervención en la primera guerra civil y con las otras dos por reprimir la sublevación de las plazas de Alicante y Cartagena en 1844, junto con una Gran Cruz por igual motivo.



*Don Felipe Rivero Lemoine
(Museo del Ejército)*



Don Federico Roncali Ceruti (Chamorro)

Hemos dejado para el último lugar al que, en mi opinión, merece ocupar el lugar de honor entre los militares con valor heroico. Se trata del mariscal de campo don Ricardo de La Saussaye, el único recompensado con tres Laureadas de 2.^a clase.

Era éste originario de Francia y nacido en Irlanda en 1806. En 1827 se le concedió el ingreso en la Guardia Real de Infantería con el empleo de alférez y al comenzar la primera guerra civil tomó parte en ella y llegó a mandar la División Auxiliar Inglesa, alcanzando hasta 1840 los ascensos a primer comandante, teniente coronel y coronel, y ganando entre 1836 y 1839 seis Cruces de San Fernando, dos de ellas Laureadas, concedidas por juicio contradictorio, a las que unió en 1841 otra obtenida por la permuta de las cuatro Sencillas que poseía. Tras ser promovido a brigadier en 1841, desempeñó los cargos de comandante general de la provincia de Segovia, y gobernador militar de Huesca y Toledo. Luchó en 1859 y 1860 en la Guerra de África, recibiendo en premio por su destacado comportamiento el empleo de mariscal de campo y una Cruz de San Fernando de 3.^a clase. Su último desti-

no militar sería el de gobernador militar de la provincia de Murcia y plaza de Cartagena, cargo en el que cesaría al producirse la revolución de 1868. Desde entonces se tiene noticia de que realizó viajes a Francia e Inglaterra, falleciendo en 1872 cuando se encontraba en París. Al morir soltero, no ha sido posible localizar a sus descendientes.

Esta profusión de Laureadas podría dar a entender que resultaba fácil ganarlas o que el Gobierno se mostraba muy generoso, lo cual no es cierto. Por una parte, casi la totalidad se concedieron tras el correspondiente juicio contradictorio, que aseguraba el merecimiento de los agraciados. Por otra, hay que tener en cuenta las circunstancias anormales por las que atravesaba España, inmersa durante siete años en una guerra civil, en la que sus participantes sufrieron grandes sufrimientos y privaciones y a los que era preciso elevar la moral con la concesión de recompensas.

Esta situación no volvería ya a repetirse durante el resto de la vida de la Orden. En la Guerra de África de 1859-1860 se repartieron más de un millar de Cruces de San Fernando, pero todas ellas fueron Sencillas, concediéndose tan solo una Laureada de 2.^a clase al capitán de Caballería don **José Gutiérrez de Maturana**, por ser protagonista de unos hechos que no cabe duda que merecían semejante recompensa: Durante la batalla de Wad el Jelú, el 31 de enero de 1860, habiéndosele mandado hacer un reconocimiento al frente de quince caballos, se vio envuelto por unos setenta jinetes enemigos, a los que cargó, batió y persiguió hasta rebasar la línea y costado de la caballería mora que se hallaba a su derecha, tras lo cual volvió a cargarla, batiéndola de nuevo y rebasando por segunda vez su línea, pero habiendo caído en poder de siete marroquíes uno de sus soldados herido, volvió solo y, haciendo uso de su revólver, mató al general de la caballería, lisió a dos más, hizo prisionero a uno de ellos y salvó al herido.

A partir del Reglamento de 1862 las exigencias fueron mayores, por lo que la acumulación de Laureadas en una misma persona pasó a ser un hecho extraordinario, de aquí que únicamente dos personas consiguieron ganar dos Laureadas desde la finalización de la primera guerra civil hasta el día de hoy, es decir, en 170 años, y éstas fueron el teniente don **José Enrique Varela Iglesias** y el capitán don **Miguel Rodríguez Bescansa**.

De Varela no se puede decir que llevase una carrera excepcional en el momento de ganar las dos Laureadas. Hijo de un suboficial de Infantería de Marina, había tenido que ingresar como educando de banda en este Cuerpo para poder hacerlo posteriormente en la Academia de Infantería, lo cual conseguiría con la elevada edad de 21 años, superior en siete a la de los más jóvenes de su promoción. Combatiendo en África ganó su primera Laureada en 1920 y la segunda un año después, cuando ya había cumplido los 30 años

de edad. Entonces comenzó una carrera vertiginosa: ascenso a capitán por méritos de guerra en 1921; a comandante, por igual motivo, en 1924; en 1926 a teniente coronel y en 1929 a coronel. La llegada de la República supuso un parón en sus ascensos y el ingreso en la cárcel al ser implicado en el levantamiento de Sanjurjo. A pesar de todo consiguió el empleo de general de brigada en 1935. Después estalló la Guerra Civil, alcanzó el empleo de general de división en 1938 y el de teniente general en 1941, desempeñando los cargos de ministro del Ejército y de Alto Comisario en Marruecos. Falleció cuando no había todavía cumplido los 60 años, conservando en su cuerpo las señales de las diez heridas que había recibido en campaña, dos de ellas de extrema gravedad, una en el vientre y otra en una pierna, que estuvieron a punto de amputarle.



El general Varela Iglesias (Museo del Ejército)



El general Sanjurjo (Museo del Ejército)

A Rodríguez Bescansa le podríamos llamar «el héroe incógnito», pues poca gente sabe de su existencia. Alumno de la Academia de Infantería, en la que ingresó en 1915, a los 15 años de edad, fue destinado en 1920 a Regulares, en cuyas filas destacó combatiendo en Marruecos, siendo citado en los años siguientes cinco veces como Distinguido y una como Muy distinguido. En 1924 obtuvo el ascenso a capitán por méritos de guerra y al año siguiente ganó dos Cruces Laureadas con un intervalo de dos meses, pero no pudo llegar a lucir ninguna de ellas, ya que falleció en la última de

las acciones recompensadas, el 22 de septiembre de 1925; las Cruces no le serían concedidas hasta 1931. No dejó descendencia, pues murió soltero y, además, su padre, del que más tarde hablaremos, y un hermano fueron asesinados por el Frente Popular en 1936, por lo que ha sido imposible localizar a algún familiar.



El capitán Rodríguez Bescansa

En cuanto a las Grandes Cruces, solamente los generales don **Manuel Gutiérrez de la Concha** y don **Fernando Primo de Rivera** ganaron dos de ellas, el primero en la primera y tercera guerra civil, y el segundo en la tercera guerra civil y por la pacificación de las Islas Filipinas, en 1897.

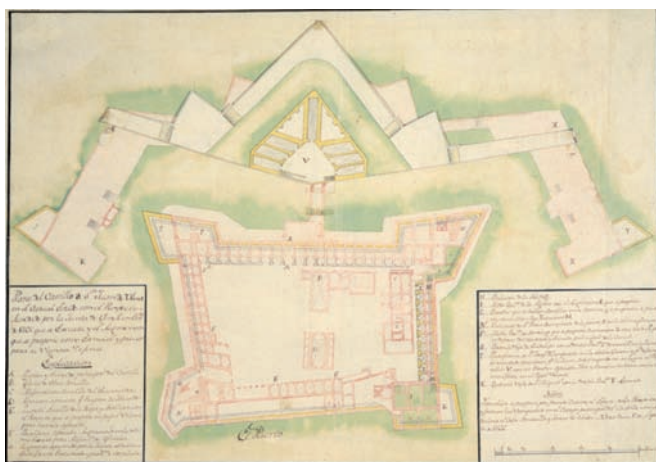


El general don Manuel Gutiérrez de la Concha (Museo del Ejército)



El general don Fernando Primo de Rivera

A lo largo de la historia de la Orden ha habido ocasiones, muy escasas, es cierto, en que un determinado hecho ha merecido una recompensa que, aunque con carácter individual, se ha entregado de forma colectiva. Traemos el recuerdo de dos defensas heroicas, la del castillo de San Juan de Ulúa, en Nueva España, y la de la Torre Óptica de Colón, en Cuba.



*Plano del Castillo de San Juan de Ulúa.
Servicio Histórico Militar, Madrid*

En el mes de septiembre de 1821 la guarnición de Veracruz se refugió en el castillo de San Juan de Ulúa tras haber sido evacuadas de Nueva España el resto de las fuerzas españolas. Allí resistiría durante los cuatro años siguientes gracias a los refuerzos y víveres que de forma esporádica llegaban forzando el bloqueo. La resistencia duró hasta que las penalidades y enfermedades, que llegaron a causar la muerte de las dos terceras partes de la guarnición, hicieron que el resto, bajo el mando del brigadier Coppinger, capitulase el 18 de noviembre de 1825. Resistencia tan heroica sería recompensada con 165 Cruces Laureadas de San Fernando.



San Juan de Ulúa

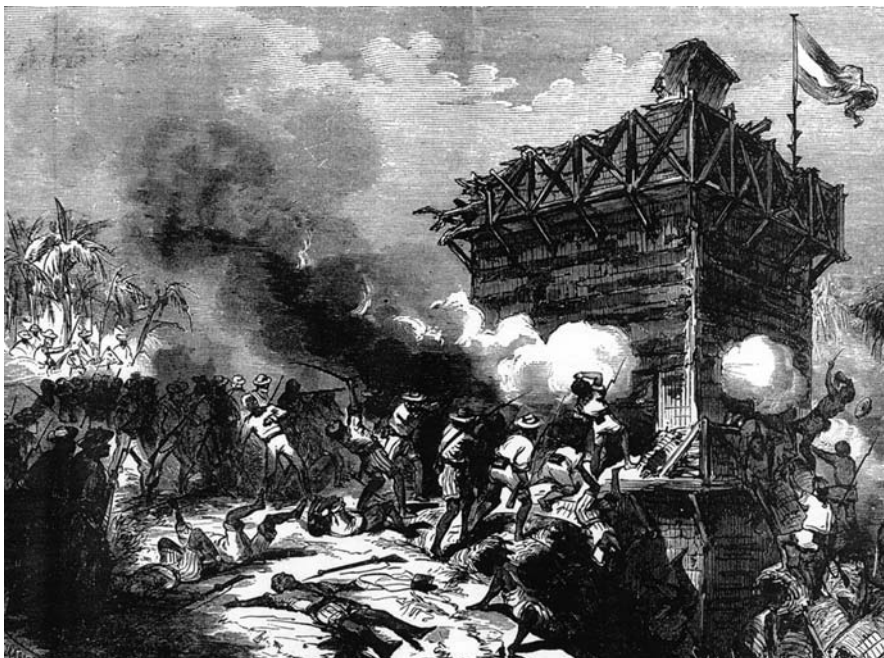


San Juan de Ulúa. Vista del castillo



San Juan de Ulúa. Interior del castillo

Casi medio siglo después tuvo lugar la defensa de la Torre Óptica de Colón, en la que un sargento, un cabo, un corneta y 21 soldados, al mando del alférez don **Cesáreo Sánchez Sánchez** y auxiliados por tres paisanos, mantuvieron su puesto el 20 de febrero de 1871 ante el ataque de 500 insurrectos, a pesar de haber sido incendiada la Torre y haber sido baja la mitad de la guarnición, entre muertos y heridos de gravedad. Los 27 defensores recibirían la Cruz Laureada de San Fernando.



Defensa de la Torre Óptica de Colón (La Ilustración Militar)

Especialmente llamativo, como si el valor tuviese un componente genético, es el caso de miembros de una misma familia pertenecientes a la Orden. Así, los cinco hermanos **Fajardo Izquierdo** e igual número de los **Travesí Pérez**, todos ellos condecorados con la Cruz Sencilla.

Entre todas estas audaces familias destacan por su heroísmo las de los **Vara de Rey**, **O'Donnell** y **León**. En la primera de ellas contamos con tres Caballeros Laureados: don **Joaquín Vara de Rey y Laget**, que ganó la Cruz Laureada en 1834 luchando contra los carlistas; don **Joaquín Vara de Rey y Calderón de la Barca**, condecorado con dos Cruces Sencillas de 1.ª clase por su intervención en 1834 en la Primera Guerra Carlista y en la sofocación del pronunciamiento de Barcelona en 1843; don **Joaquín Vara de Rey** y



Don Joaquín Vara del Rey y Calderón de la Barca



El Héroe de Caney, don Joaquín Vara del Rey y Rubio (Museo del Ejército)



El piloto don Carlos Martínez Vara de Rey



Imposición de la Laureada a don Carlos Martínez Vara de Rey

Rubio, «el héroe de El Caney», condecorado a título póstumo con la Cruz Laureada por la defensa de la posición de El Caney en 1898, y, por último don **Carlos Martínez-Vara de Rey y Córdoba de Benavente**, nieto del anterior, que obtuvo la Cruz Laureada por su intervención en la Guerra Civil en los primeros días del conflicto. Por si no fuera poco esta muestra de heroísmo, Miguel Martínez y Vara de Rey fue recompensado con la Medalla Militar Individual, también durante la Guerra Civil, en la que perdió la vida.

El coronel don José O'Donnell O'Donnell fue padre de dos Caballeros Gran Cruz de San Fernando: don **José** y don **Enrique José O'Donnell Anethan**, ambos del Arma de Infantería. Otro de los hermanos, Carlos, fue padre de tres hijos que pertenecieron a la Orden de San Fernando: **Leopoldo** (Inf.), **Carlos Luis** (Cab.) y **Enrique O'Donnell Joris** (Cab.), el primero de ellos, y el más conocido, fue recompensado con la Cruz Laureada de 2.^a clase, con la Sencilla de 3.^a y con la Gran Cruz de 5.^a; el segundo con la Laureada de 2.^a clase, y el tercero con las Sencillas de 1.^a y 3.^a clase. Por último, un hijo de Carlos Luis, de nombre Carlos Manuel O'Donnell y Álvarez Abreu (Cab.), ministro de Estado durante el reinado de Alfonso XII y la Regencia, obtuvo una Cruz de San Fernando de 1.^a clase.



Don Enrique O'Donnell Anethan (Museo del Ejército)



Don José O'Donnell Anethan (Museo del Ejército)



El general don Leopoldo O'Donnell (Museo del Ejército)

En cuanto a la familia León, los hermanos **Carlos, Diego y Rafael de León y Navarrete**, pertenecientes los tres al Arma de Caballería, fueron Caballeros de la Orden de San Fernando. Carlos obtuvo una Cruz Laureada de 2.^a clase, Diego otra Cruz Laureada y una Gran Cruz, y Rafael dos de 1.^a clase y una de 3.^a



El general don Diego de León (Museo del Ejército)

Si lo anterior resulta llamativo, todavía lo es aún más el que padre e hijo tengan el calificativo de héroes. Esto ha sucedido en tres ocasiones a lo largo de la vida de la Orden. Obtuvieron la Cruz Laureada de San Fernando:

– Don **Ricardo Burguete Lana** y don **Ricardo Burguete Reparaz**. El primero ganó en 1895 la Cruz Laureada en la Isla de Cuba, cuando con el empleo de primer teniente y al mando de una extrema vanguardia, formada por 36 soldados, fue rodeado por doscientos jinetes, que le hirieron y

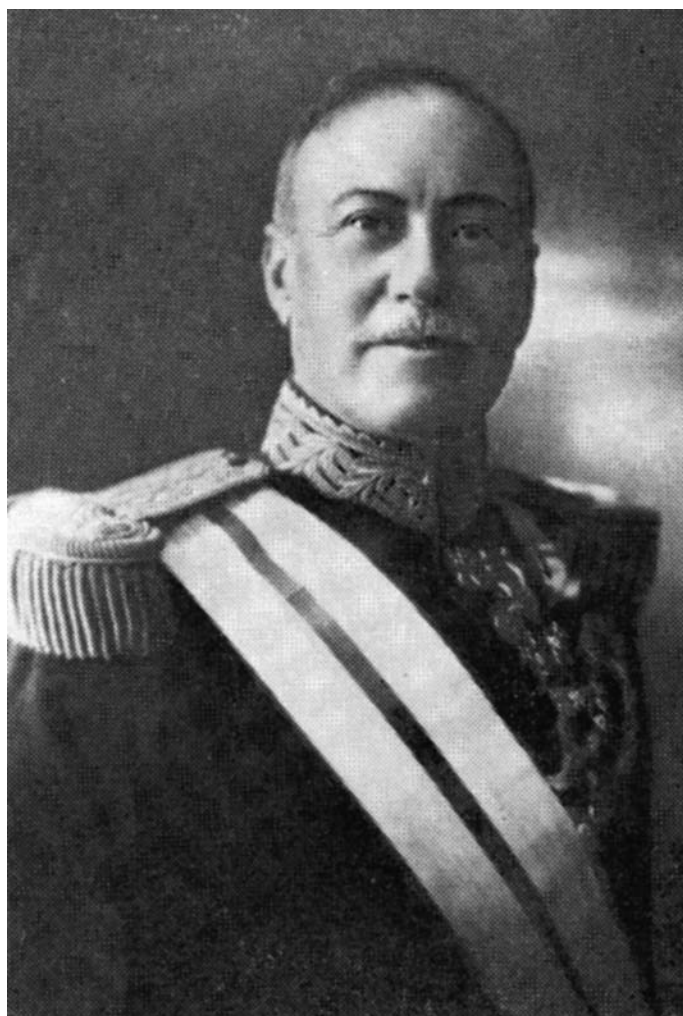
causaron cuatro muertos y 17 heridos graves, lo que no le impidió resistir heroicamente hasta la llegada de la columna, evitando que el enemigo se apoderase del armamento y que los muertos y heridos fuesen abandonados. Su hijo, siendo capitán del Servicio de Aviación, ganó la Laureada en 1924 al reconocer y bombardear unas posiciones del enemigo, recibiendo durante la acción una herida en el costado y otra en el abdomen, que le produjeron una gran hemorragia, no obstante agotó las bombas de que disponía y salvó la vida del observador al conseguir tomar tierra. De los tres casos que traemos aquí, los Burguete fueron los únicos que consiguieron retratarse juntos luciendo la Laureada. La felicidad que se aprecia en sus rostros no sería duradera. Un hijo del aviador me contaba hace poco su triste historia. Ricardo Burguete hijo murió antes que su padre, en 1933, a consecuencia de las heridas que había recibido años antes, dejando cuatro hijos. Su viuda contrajo matrimonio más tarde con un oficial del Arma de Caballería y perteneciente al Servicio de Aviación, que había sido subordinado de su marido y que era conocido por su filiación comunista. Al desencadenarse la Guerra Civil envió a los cuatro niños a la Unión Soviética, mientras ellos emigraban más tarde a México. Eso supuso la ruptura familiar, pues ya no volvieron a reunirse, regresando a España no hace mucho uno de los hermanos. No tuvo suerte el héroe de Filipinas con el resto de sus hijos. Ascendido a teniente general en 1923, al llegar la República pasó a la reserva en Madrid, desempeñando más tarde el cargo de presidente de la Cruz Roja Española.



El general Burguete Lana y su hijo el capitán Burguete Reparaz

El alzamiento nacional le sorprendió en Valencia, donde le llegó la noticia del fusilamiento de sus otros dos hijos, Luis, capitán de Caballería y piloto de Aviación, y Manuel, comandante de la Guardia Civil, al comienzo de la guerra y por orden de Queipo de Llano, lo que le ocasionaría la muerte meses después.

– A los segundos, don **José Rodríguez Casademunt** y don **Miguel Rodríguez Bescansa**, ya nos hemos referido, al tratar de las dos Laureadas del hijo, pero no hemos dicho que el padre había ganado la Laureada en Filipinas en 1897, siendo capitán, al enfrentarse a un grupo de insurrectos,



Don José Rodríguez Casademunt

con los que luchó cuerpo a cuerpo, dando muerte al cabecilla, hiriendo a uno de ellos y poniendo en fuga a los demás, a pesar de haber recibido quince heridas, cuatro de ellas graves. Rodríguez Casademunt llegó al empleo de teniente general y, ya en la reserva y siendo presidente del Consejo Director de las Asambleas de las Órdenes Militares de San Fernando y San Hermenegildo, fue apresado, encerrado en la Cárcel Modelo de Madrid y asesinado por milicianos del Frente Popular el 7 de noviembre de 1936 en Paracuellos del Jarama.

– Por último, el capitán don **Antonio Ripoll Sauvalle**, fue premiado con la Laureada luchando en Marruecos en 1909, al dar prueba de su heroísmo en el ataque a una posición defendida por un enemigo muy superior en número, durante el cual fue herido de gravedad en el pecho, sin que por eso detuviera su marcha al frente de la tropa, animándola con tal ejemplo y valor, que llegó a la temeridad de arrojar solo sobre un grupo de moros parapetados en unas chumberas, cayendo muerto al poco tiempo a consecuencia de otros dos balazos que recibió en el vientre y la cabeza. Era conocido con el sobrenombre de «el capitán de la mano de plata». Había perdido la mano izquierda en 1898 durante un combate en Filipinas y a su vuelta a la Península consiguió que se le permitiese continuar en el



*El capitán Ripoll Sauvalle
(Museo del Ejército)*



*Don Luis Ripoll López
(Dibujo de Ordiñana)*

servicio activo, disimulando la falta de la extremidad con una mano artificial de aluminio, que le sería arrebatada por los moros al caer muerto y días más tarde recuperada, para ser depositada en el Museo de la Infantería de Toledo, del que debió pasar al del Ejército. Su hijo, don **Luis Ripoll López**, había ingresado en la Academia de Ingenieros en 1925 y al estallar la Guerra Civil tenía el empleo de teniente, con el que fue destinado a la 1.^a Bandera de La Legión. Tras ser herido en las inmediaciones de la Puerta del Cambrón de Toledo, encontró la muerte en 1937 en Pinto. Ocho años después se le concedería la Cruz Laureada por haberse ofrecido a volar un edificio bajo un intenso fuego, durante la toma de Almendralejo, en agosto de 1836.

Por último, no debemos olvidar, dentro del Arma de Caballería, a los primeros hermanos don **Francisco Javier Ferraz Cornel** y don **Valentín Ferraz Barrau**, ambos nacidos en el pintoresco pueblo de Benasque. El primero de ellos ganó la Cruz Laureada de 2.^a clase en la Guerra de la Independencia y el segundo la Laureada de 4.^a clase en Hispanoamérica, a la que uniría la Gran Cruz en la primera guerra civil.

Un tema controvertido ha sido siempre el de determinar quién fue el primer Caballero en ingresar en la Orden, existiendo diversas opiniones al respecto. Sin tener en cuenta a Fernando VII, quien, como Soberano de la Orden, tenía derecho a figurar en el primer lugar del escalafón, no cabe la menor duda de que el primer militar en ingresar fue lord Wellington, duque de Ciudad Rodrigo, a quien la Regencia del Reino le concedió por decreto de 11 de abril de 1812 la Gran Cruz de la Orden Nacional de San Fernando *con el uso de la banda y una orla de laurel alrededor de la venera, y la pensión vitalicia de treinta mil reales, que son las mayores distinciones de la Orden, sin sujeción a las formalidades que prescribe el reglamento.*

Ahora bien, si nos referimos a militares españoles, el primero en recibir una Cruz de San Fernando fue el general de Infantería don **Pedro Villacampa Periel** –quien usaba también como segundo apellido el de Maza de Lizana–, premiado con la Cruz Laureada de 4.^a clase por haber derrotado durante la Guerra de la Independencia al general Maupoint en las proximidades de Utiel, el 25 de agosto de 1812. Ya teniente general, fue perseguido por sus ideas a la vuelta de Fernando VII y encerrado en prisión. En 1821, durante el Trienio Liberal, le fue concedida la Gran Cruz de San Fernando por su comportamiento durante la guerra contra el francés, pero a la caída del régimen tuvo que emigrar, no pudiendo regresar a España hasta la muerte del Rey. En 1852 alcanzó la dignidad de capitán general.



El Duque de Ciudad Rodrigo (Chamorro)



El general Villacampa (Chamorro)

Tras él, ocupa el segundo lugar el también general procedente del Arma de Infantería don **Luis de Lacy y Gauttier**, recompensado con la Gran Cruz de San Fernando en mayo de 1813 por su intervención en las acciones de Igualada (Barcelona) y sus inmediaciones, que tuvieron lugar durante la Guerra de la Independencia los días 5 y 8 de octubre de 1811. Tuvo una existencia bastante novelesca. Nacido en Irlanda, entró a servir en nuestro Ejército en 1784 en clase de cadete. En 1802, siendo teniente, faltó al respeto a un general, por lo que fue tenido por demente y obligado a abandonar el Ejército, tras sufrir un año de prisión. Sirvió a continuación en el Ejército francés, con el que entró en España, desertando tras el 2 de mayo y presen-



Don Luis de Lacy



Fusilamiento del general Lacy

tándose a la Junta de Sevilla, quien le dio el empleo de capitán. Su carrera fue vertiginosa: teniente coronel en 1808, coronel y brigadier en 1809, mariscal de campo en 1810 y teniente general en 1812; en tan solo cuatro años había pasado de teniente retirado a teniente general... No duraría mucho su buena estrella, ya que comprometido en una conjura contra el régimen absolutista, fue detenido y fusilado en 1817.

Solamente hay constancia de seis Cruces de San Fernando concedidas con arreglo al primer Reglamento y, por tanto, durante la Guerra de la Independencia y antes de 1815. Además de las de Villacampa y Lacy, las recibieron, en este caso la Cruz Laureada de 2.^a clase, dos curiosos personajes, que no fueron militares ni combatieron en la Guerra de la Independencia. Se trata de los funcionarios civiles de la Hacienda Real en América don **Joaquín Gómez de Liaño** y don **Domingo de Torres y Harriet**, recompensados en noviembre de 1813 por haberse apoderado el año anterior de una embarcación insurrecta. Merecen ser leídas las aventuras de estos dos personajes en la obra escrita por Pemán en 1944 con el título de *Un laureado civil: vida y hazañas de Don Domingo de Torres en los días de la independencia de América*.

Las dos Cruces que faltan para completar las seis citadas son las que obtuvieron los generales don **Francisco de Paula Copons y Méndez Navia**, procedente de Infantería, y don **Francisco Javier Ferraz Cornel**, de



Don Francisco Copons y Méndez Navia



El general Ferraz Cornel

Caballería y del que ya hemos hablado. El primero obtuvo la Gran Cruz en noviembre de 1813 por la defensa de la plaza de Tarifa durante 18 días de los meses de diciembre de 1811 y enero de 1812, y el segundo en octubre de 1814 por la acción de Cártama, el 16 de febrero de 1812, siendo brigadier.

Un error frecuente es el de confundir la fecha de concesión de la Cruz con la de la acción que mereció tal recompensa. De ahí que en ocasiones sea considerado como el primer Caballero Laureado el general de Artillería don **Martín García Loigorry**, lo cual además de no ser cierto en cuanto a la fecha de la concesión –9 de marzo de 1816– tampoco lo es por la de comisión del hecho, pues por delante de él están el teniente de Artillería don **Rafael Arango del Castillo**, que en 1823 recibió la Cruz de San Fernando de 1.^a clase por la defensa del Parque de Monteleón, el 2 de mayo de 1808, y el general de Infantería don **José María de Carvajal y Urrutia**, recompensado por la batalla de Medina de Rioseco (Valladolid), el 14 de julio de 1808, con la Cruz de 5.^a clase, Gran Cruz, que le sería concedida el 25 de octubre de 1815.

El hecho de que los cadetes que se formaban en los Cuerpos acompañasen a éstos en las acciones de guerra en las que participaban hizo que algunos ingresasen en la Orden de San Fernando a una temprana edad. Hemos encontrado los que serán, posiblemente, los más jóvenes, todos ellos del Arma de Infantería y recompensados con la Cruz de 1.^a clase:

– Don **Jacobo Tejeiro Visconti**, había nacido en Cádiz en 1828 y con tan solo 15 años y cuatro meses fue recompensado con dicha Cruz, al intervenir con el Regimiento de Infantería de Gerona en 1844 en el sitio de las plazas de Alicante y Cartagena. Falleció en acción de guerra en 1874 con el empleo de teniente coronel.

– Don **Agustín Calvet Lara**, nacido en Puerto Rico en 1821, obtuvo la Cruz en 1835 sirviendo en el Regimiento Ligero de Bailén, cuando acababa de cumplir los 16 años de edad. Llegaría al empleo de mariscal de campo y durante su carrera sería recompensado con las Grandes Cruces de San Hermenegildo, Isabel la Católica y al Mérito Militar con distintivos rojo y blanco.

– Don **Manuel Plasencia Varea**, natural de Cáceres, donde había nacido en 1818, luchó contra los carlistas en las filas del Regimiento de África, ganando la Cruz a la edad de 16 años y siete meses. Se retiraría con el empleo de coronel.

Al buscar al Caballero más joven al recibir la Cruz Laureada, encontramos a don **Carlos Ramírez Dabán**, nieto del famoso general de la Restauración. Nacido en Sevilla el 28 de febrero de 1896, a los 14 años hizo su ingreso en la Academia de Infantería, de la que saldría promovido a segundo teniente con tan solo 17 años. Combatió en Marruecos en las filas del



El teniente Ramírez Dabán

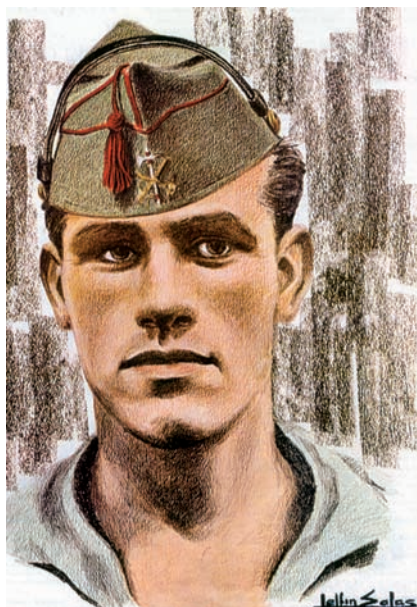
Regimiento de Wad Ras, destacando durante la defensa de la posición de Kudía Riba, el 15 de octubre de 1914, en la que demostró un valor sereno y un absoluto desprecio al peligro, animando constantemente a los treinta hombres de su mando, proveyéndoles de las municiones necesarias para continuar el fuego, y recogiendo y trasladando en sus brazos a los heridos, entre ellos al comandante jefe de la posición; a pesar de haber sido herido de gravedad, pidió no ser retirado de la línea de fuego, falleciendo al día siguiente a consecuencia de la herida, en plena juventud, con apenas 18 años cumplidos.

Con una edad muy semejante, a don **Francisco Muñoz Cobo y Serrano** le fue concedida la Cruz Laureada cuando contaba 19 años y cuatro meses. Había obtenido a los 13 años la gracia de cadete de menor edad, siendo a los 16 promovido a alférez de Caballería. Muy pronto tomó parte en la tercera guerra civil, ganando en octubre de 1873 el empleo de teniente y en marzo del año siguiente el de capitán, ambos por méritos de guerra. El 27 de marzo de 1874, durante la batalla de Monte Muru, siendo capitán ayudante del brigadier jefe de la Brigada de Vanguardia del Ejército del Norte, se lanzó al asalto de las trincheras enemigas, llegando casi solo a la última de ellas, donde combatió cuerpo a cuerpo con un enemigo, perdiendo ambos la vida. En diciembre de ese mismo año fue recompensado a título póstumo con el ascenso a comandante por méritos de guerra y en julio de 1878 con la Cruz Laureada. No conocemos otra carrera más prometedora que la de este héroe, ya que, en caso de no haber fallecido se habría encontrado con el empleo de comandante a los 19 años de edad. Espartero fue ascendido a este empleo a los 24 años, el Marqués de Mendigorriá, don Fernando Fernández de Córdoba, a los 26, y don Diego de León a los 27. Estos últimos serían superados por don Francisco Franco Bahamonde, que lo obtuvo a los 23 y por don Luis Pareja Ayacués, perteneciente a la promoción anterior a la del Generalísimo, que lo ganó con 22 recién cumplidos.

Como hemos dicho anteriormente, el primer Caballero en ingresar en la Orden fue el general Wellington, seguido del general español don José Villacampa. En cuanto al último, parecería lógico que fuera cualquiera de los dos Laureados por la Guerra de Ifni-Sáhara, en 1958, pero no es así. El brigada Fadrique recibiría la Laureada en el mes de febrero de 1962 y el legionario Maderal en enero de 1966. Posteriormente serían recompensados con la misma Cruz el capitán de Infantería don **Teodoro Palacios Cueto**, en noviembre de 1867, y, por último, el teniente de Caballería don **Jaime Galiana Garmilla**, en diciembre de 1973, ambos por su heroica intervención en la Campaña de Rusia.



*El brigada Fadrique
(Museo del Ejército)*



*El legionario Maderal Oleaga (dibujo de
Delfín Salas)*



Don Teodoro Palacios Cueto



El capitán Garmilla

Para terminar, quiero hacer una breve semblanza de un personaje curioso y de otros dos desafortunados. El primero es don **Bernardo de la Torre y Rojas**, coronel de Caballería, que destacó no solo por su valor sino también por sus sabios conocimientos. Ganó la Cruz Laureada de San Fernando por su intervención en 1818 en la batalla de Cancharrayada (Chile) siendo teniente coronel del Regimiento de Dragones Americanos. Herido en el brazo derecho en 1817, en abril de 1818 cayó prisionero en Maipú, sufriendo una dura prisión en las provincias del Río de la Plata y estando a punto de ser asesinado. Por fin, pudo ser canjeado a finales de 1820 y regresó a España, donde desempeñó diversos cargos. Tras su ascenso a coronel, con el que ingresaría en el Cuerpo de Inválidos, debido a una cojera, creó en 1846 la Escuela de Ingenieros de Montes, de la que sería primer director durante quince años. Perteneció a la Academia de Nobles Artes de San Fernando y fue tutor de doña Eugenia de Montijo, esposa de Luis Napoleón, emperador de los franceses. El Colegio de Ingenieros de Montes conserva todavía viva su memoria al otorgar un premio con su nombre al mejor proyecto de fin de carrera.

Vayan dirigidas mis últimas palabras a elogiar el heroico comportamiento de dos militares que no tuvieron la suerte, por diversos motivos, de lucir la Cruz Laureada de San Fernando, a la que sin duda se hicieron acreedores.

El sargento don **Antonio García**, conocido bajo los sobrenombres de *el Inmortal* y *el Arcabuceado*, asturiano y del Arma de Caballería, tuvo que solicitar en 1813 la licencia por inútil a consecuencia de las heridas recibidas en la guerra contra los franceses. Según relató a la Regencia del Reino al reclamar la gracia de inválido, a lo largo de 1808 había resultado herido de un balazo en la acción de Valmaseda, de un sablazo en la de Oviedo y de otro balazo en la de Mondoñedo; en 1809 había recibido tres sablazos en la batalla de Lugo, una cuchillada en la acción de Betanzos, una herida en la frente en la de Santiago y un balazo en el muslo en la de Villafranca del Bierzo; un año después fue hecho prisionero en Llerena y fusilado, pero quedó con vida a pesar de los cuatro balazos que recibió; en 1811 fue herido de un balazo y dos cuchilladas en la acción de Fregenal de la Sierra, en la que consiguió recobrar una bandera española en lucha contra 17 franceses, a cuyo comandante hizo prisionero, recibiendo más tarde una estocada en la batalla de La Albuera y un balazo en el pecho y una estocada en el muslo en la acción de Murviedro. Fue recompensado por todos estos hechos con el empleo de sargento y con una pensión de 500 reales, pero en cuanto a la Cruz Laureada de San Fernando, se le comunicó que no podía ser concedida sin juicio contradictorio, por lo que debería justificar ante la Regencia la acción de Fregenal de la Sierra con el fin de que se iniciasen los correspondientes trámites.

Si la justificó o no, si obtuvo o no la cruz de San Fernando, no lo sabemos, pues hasta el momento no se ha encontrado ningún documento oficial que atestigüe que la recibió y no es posible comprobarlo en su hoja de servicios, ya que probablemente no se formó ninguna con posterioridad. Parece ser que fue liberal durante el Trienio y que murió en la miseria en el Hospital Militar de La Coruña.

El otro héroe no reconocido con la Laureada es don **Eloy Gonzalo García**, «el héroe de Cascorro». Abandonado por sus padres al nacer, tuvo una infancia desafortunada. Ingresó en 1889 en el Regimiento de Dragones de



Estatua del Héroe de Cascorro

Lusitania, de donde más tarde pasó al Cuerpo de Carabineros, en el que labró su desgracia, ya que un enfrentamiento con un oficial le condujo a ser condenado a prisión en 1895. Aceptó marchar a Cuba como soldado y así redimir su pena, y allí cometió el conocido hecho heroico que le haría inmortal. El jefe de la guarnición de Cascorro, el capitán don Francisco Neila Ciria, recibió en premio por la defensa del poblado la Cruz de 1.^a clase, no la Laureada. Ésta le correspondía, no cabe duda, a Eloy Gonzalo, pero nada se sabe del porqué no se le concedió y ni siquiera se le abrió juicio contradictorio. No regresó a España, ya que poco después murió de enfermedad en aquella lejana Isla, sin que nadie en España reclamase para él la más alta condecoración al valor. Como anécdota final, que todavía arroja más sombras sobre este personaje, en el Catálogo del Museo del Ejército, en el que se exhibe un busto de Eloy Gonzalo luciendo en su pecho la Laureada, se recoge un documento con el número 26879 y el título de *Carta autógrafa de Eloy Gonzalo a un amigo contándole por qué se marchó de Carabineros y cómo ganó la Laureada*, carta que sería robada en los años setenta del pasado siglo. Posteriormente se adquirió otra en subasta, que se debió suponer que era la misma, pero en la que no se habla nada de la concesión de la Laureada.